

MARÍA ZAMBRANO, *Unamuno*, edición e introducción de Mercedes Gómez Blesa, Madrid; Editorial Debate, 2003, 203 págs.

El lector familiarizado con la obra de María Zambrano no puede extrañarse de la aparición de un escrito inédito de nuestra velenosa universal dedicado a Miguel Unamuno. Que la obra del rector salmantino hubiera jugado un papel relevante en la conformación y desarrollo del pensamiento zambrano era algo más que una sospecha bien fundada. La publicación de este inédito convierte la sospecha en evidencia y testimonia una relación profunda cuyo conocimiento certero abrirá no pocos interrogantes.

Es muy conocida esa página terrible en la que María Zambrano cuenta sus dudas y vacilaciones respecto a los libros y cuadernos de apuntes que meter en su maleta en la hora precipitada y llena de congojas de su salida de España en los últimos meses de la Guerra Civil, cuando la conciencia de la derrota anticipaba una capitulación militar que no tardaría en llegar. Lo mejor —dice refiriéndose a Ortega— se lo llevaba dentro de sí, interiorizado y formando parte integrante de su propio pensamiento. También se llevó de este modo a Unamuno (dan fe de ello algunos artículos publicados antes de salir de España y después recogidos en *Hacia un saber sobre el alma*, a los que se añade ahora, sin dejar ya lugar a dudas, este *Unamuno* impecablemente editado por Mercedes Gómez Blesa). En la elección cruel de qué llevarse consigo/qué abandonar hay una doble decisión: María Zambrano hacía provisión para el incierto camino que iniciaba, pensaba en sí y en su camino, pero también pensaba en lo que acogía como equipaje, pues llevarselo, cargar con el peso de su herencia intelectual, era como intentar salvarlo de aquella España que se avecinaba. Fue una decisión máximamente responsable, un gesto en extremo ético.

En el penoso camino del exilio, aquella maleta fue llenándose con el fruto de una

radical voluntad de escritura que acompañó siempre a María Zambrano. Acabó por ser no ya maleta ligera, como convenía al inicio de un itinerario incierto, sino baúl pesado y repleto, cobijo provisional de una experiencia de vida que hizo del exilio su patria más propia y verdadera. Un baúl en el que Zambrano fue depositando amorosamente sus escritos, con la paciencia y el convencimiento de quien sabe que el tiempo habrá de venir un día para hacerles justicia. Sorprende el ritmo sostenido de las publicaciones de sus últimos años si no se tiene en cuenta la existencia de este baúl. Y a juzgar por lo que poco a poco va saliendo de él, aún queda bastante para que podamos ver el fondo.

Este *Unamuno* recién publicado tiene la virtud de recoger la entera producción zambrana sobre el autor vasco-salmantino, lo que constituye, sin duda, un importante acierto editorial. El volumen incluye la novedad de un extenso escrito inédito titulado «Unamuno y su obra», al que siguen, en forma de Anexos, seis artículos más previamente publicados en diversas revistas hispanoamericanas y españolas. Mercedes Gómez Blesa, quien ya había demostrado su competencia y buen hacer con la edición de *Las palabras del regreso*, donde recogía buena parte de la producción periodística de María Zambrano, antepone a todo ello una adecuada e inteligente introducción en la que va desenredando la compleja relación entre Unamuno y Zambrano, desplegando su contexto intelectual y dando relieve a sus centros temáticos privilegiados.

El primer problema que plantea el inédito «Unamuno y su obra» es el de su composición: Gómez Blesa, con buen criterio filológico, lo fecha en los primeros años de la estancia cubana de María Zambrano, concretamente durante el bienio 1940-42. Las características del texto hacen presumible suponer que su redacción (desigual y escasamente revisada) debió estar dictada por la exigencia de alguno de los cursos universitarios impartidos en aquella época por la autora de

*Filosofía y poesía.* El primer capítulo fue publicado de manera independiente en la *Revista de la Universidad de La Habana* en 1943, hecho que permite suponer una mayor atención en su escritura, lo que explicaría su más lograda factura estilística.

Esta datación sitúa el inédito zambrano entre los primeros estudios sobre la obra de Unamuno. Tiene, pues, un carácter pionero, prueba que no se trató de un escrito de circunstancias, algo para poder dar cómodamente un curso en la adversidad del exilio, sino que María Zambrano tuvo que trabajar a fondo, que su interés por Unamuno era auténtico y obedecía a la inquietud real y problemática de su propio pensamiento. Y sin embargo el texto ha resultado ineficaz al permanecer inédito: publicado en su momento hubiera podido servir de punto de referencia para el desarrollo de la crítica unamuniana, sobre todo en aquellos aspectos que María Zambrano supo ver temprano y valorar adecuadamente, como son, entre otros, el de la efectiva vinculación de la obra de Unamuno con una modalidad de pensamiento de raíz hispánica, o la comprensión del problema religioso de Unamuno desde un contexto más amplio que el meramente confesional. Pionero e ineficaz: dos adjetivos que, referidos a este inédito, expresan bien la tragedia de la cultura española del exilio.

Componen «Unamuno y su obra» seis capítulos que abordan en sucesión ordenada una serie de problemas inherentes a la obra de Unamuno: su contextualización (española y europea), la explicación de su unidad en el marco de la multiplicidad de géneros empleados, el conflicto entre filosofía y religión, la concepción trágica de la vida, una lectura en clave de «guía» de *Vida de Don Quijote y Sancho* y un *excursus* sobre la raíz religiosa de la envidia española.

El mayor interés de este texto no reside, desde luego, en su aportación efectiva a la crítica unamuniana: nada de lo que dice Zambrano sobre Unamuno constituye hoy una novedad. Lo hubiera sido, sin duda,

en su momento; pero hoy, tras el ingente desarrollo de los estudios unamunianos, tras la desmesurada bibliografía producida por la intensa atención crítica de los últimos decenios, el texto de Zambrano, anterior a todo ello, se descubre generalmente superado, a veces insuficiente, a veces ingenuo, aunque nunca, también es cierto, exento de interés. Debe ser leído con suma atención, no sólo por lo que dice del objeto de estudio (Unamuno), sino por lo que muestra del sujeto agente del estudio (Zambrano). Hablando de Unamuno, María Zambrano habla de sí, y lo hace sin concesiones, reclamando en la «Justificación» que abre el inédito el método de la «participación», tan parecido a aquel «desde dentro» que su maestro Ortega perfeccionara con Goethe. Se trata, pues, de un texto intempestivo, inactual, un texto que debe ser leído desde precisas claves de reconstrucción histórico-hermenéuticas. No es un texto de crítica (en él no se persigue ninguna «objetividad», y su autora lo declara consciente de los riesgos que corre), sino un ejercicio de *empatía* intelectual, de apropiación de un pensamiento ajeno. Zambrano privilegia el pensamiento de Unamuno. ¡Sorprendería lo contrario! No le interesa la novedad narrativa de las novelas, por ejemplo, ni tantos otros aspectos del corpus unamuniano que han hecho las delicias de la crítica literaria. Unamuno le interesa en la medida en que es un pensamiento. Y le interesa porque suscita auténtico interés para su propio pensamiento. No se trata de una sistematización erudita, sino más bien de una puesta en claro de Unamuno que responde a lo que entonces eran exigencias del pensamiento zambrano. Más que cualquier otra cosa, pues, este *Unamuno* es el Unamuno «de» María Zambrano, el Unamuno que respondía en los primeros años de su exilio a sus exigencias intelectuales.

En su inactualidad, a veces, este escrito aparece ferozmente actual, como cuando habla de la «inhibición europea», de esa inhibición religiosa que ha marcado el decurso (generalmente interpretado en clave progre-

siva) de la cultura europea: Zambrano ve en Unamuno, en su poner en el centro –¡otra vez!– el problema religioso, no un rezagado de la modernidad, como a veces ha solido hacerse, sino como alguien que apunta hacia el desvelamiento de una de las sombras más oscuras del proyecto ilustrado. Unamuno no estaría, pues, para Zambrano, antes que Ortega, sino después: el «sentimiento trágico de la vida» no sería una etapa anterior al «sentido deportivo y festival de la existencia», sino que, atendiendo al proceso de formación y desarrollo del pensamiento zambrano, el orden creado por Ortega (contra Unamuno), ese orden que muestran satisfechas las historias del pensamiento español, quedaría alterado, invertido. Y en esta inversión reside uno de los problemas de mayor interés que este *Unamuno de María Zambrano* abre para la filosofía hispánica: el giro unamuniano del orteguismo (un

«De Ortega a Unamuno» aún por escribir que invierte el capítulo «De Unamuno a Ortega», tan bien contado, entre otros, por la propia Zambrano). Es poco probable que Ortega pensara que el desarrollo de su pensamiento acabaría reclamando, más allá de su figura y de su obra, un retorno a Unamuno, precisamente a Unamuno, a quien él creía haber dejado definitivamente a sus espaldas. Sin embargo, dos de sus alumnos más representativos, María Zambrano y Julián Marías, sintieron la necesidad intelectual de acoger radicalmente el legado de Unamuno, en algo que aún no sabemos muy bien si constituye un etapa del desarrollo o de la disolución del orteguismo. Un interrogante que pide respuesta y al que este *Unamuno* de María Zambrano ayuda notablemente a configurar.

Francisco José Martín.